

# «La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»<sup>1</sup>

El arquetipo de feminidad entre las jóvenes trabajadoras comunistas (1960-1973)

Nadia Birriel Golzarri<sup>2</sup>

## Resumen

Este artículo sintetiza algunos de los resultados a los que llegué con mi tesis de maestría *Militancia y vida privada de trabajadoras comunistas en el barrio Cerro de Montevideo (1960-1973)*, aprobada por la Udelar.

Propongo examinar desde una perspectiva de género los roles y modelos de mujer/compañera que el Partido Comunista Uruguayo (PCU) propició, las agendas y estrategias vinculadas a las mujeres en general y cómo las jóvenes trabajadoras de un barrio obrero sintetizaron los mandatos en sus militancias concretas. Analizaré la maternidad como entelequia en el seno mismo de los discursos que invitaban a las mujeres a la arena pública y las revestían de identidad política.

Finalmente, sugeriré conclusiones acerca de las desigualdades que sobrevivieron entre compañeras y compañeros pese a los discursos y deseos de igualdad entre los sexos, y sobre las distintas maneras de vivir la militancia entre las jovencitas de estratos medios intelectualizados y las trabajadoras en el mismo partido político.

**Palabras clave:** mujer – género – militancia – maternidad

<sup>1</sup> (3/7/1968). *El Popular*, con motivo de los 70 años de Julia Arévalo. Ejemplares de 1968 a 1973 disponibles en la Biblioteca Nacional.

<sup>2</sup> Docente de historia egresada del Instituto de Profesores Artigas y magíster en Ciencias Humanas, opción Historia Rioplatense, por la Universidad de la República. Especializada en historia de género, integra el equipo de investigadoras que publicó *Tejedoras del cambio* (2024) y es una de las fundadoras de la cooperativa Indómitas, desde la cual se organizan circuitos históricos y talleres en clave de historia feminista.

**«The female communist, the more of a communist she is, the more of a mother she is, the more of a woman of her household»**

## **The Archetype of Femininity among Young Communist Workers (1960-1973)**

*by* Nadia Birriel Golzarri

### **Abstract**

This article synthesizes some of the results of my master's thesis, *Militancy and Private Life of Communist Workers in Cerro, Montevideo* (Udelar). It intends to examine, from a gender perspective, the roles and models of the woman and comrade that the Communist Party of Uruguay encouraged, the agendas and strategies connected to women in general and how young labourers in a working-class neighbourhood articulated the directives in their specific militancy. I will analyse maternity as an entelechy in the context of the speeches that invited women to the public arena and coated them in a political identity.

I will finally offer conclusions about the inequalities that survived among the comrades (both he and she) in spite of the speeches and wishes of equality between the sexes and different ways of living militancy as experienced by young girls in the intellectual middle classes and workers in the same political party.

**Keywords:** woman – gender – militancy – maternity

## Introducción

En este artículo pretendo analizar desde una perspectiva de género las tensiones, transformaciones y permanencias respecto a los roles y estereotipos de mujer / *compañera*<sup>3</sup> que propuso el comunismo vernáculo, contrastando sus discursos con la experiencia de jóvenes trabajadoras comunistas residentes en el barrio Cerro de Montevideo. En la última década se han llevado a cabo muchas investigaciones sobre la juventud sesentista, pero centradas particularmente en los estudiantes. Sin embargo, resulta necesario realizar investigaciones capaces de mirar más allá del centro capitalino e incorporar a las jóvenes trabajadoras como sujeto de estudio, siempre en relación con los procesos más generales.

Durante el transcurso de la investigación visualicé que la maternidad debía ubicarse como un núcleo central del análisis, debido a que las entrevistadas lo plantearon como algo crucial que tuvo efectos en sus militancias —distintos a los que tuvo en los estratos medios intelectualizados—, y, por otra parte, a que, en los discursos comunistas, la maternidad permanentemente fue construida como lugar político y se la asoció directamente con el ser mujer.

## El tratamiento de las fuentes

Además de la diversa bibliografía referente a la época fueron revisados los documentos oficiales del PCU, tales como los *Estatutos*, las resoluciones de congresos o los discursos de sus dirigentes Rodney Arismendi<sup>4</sup> y Julia

<sup>3</sup> Respetando el lenguaje nativo de las protagonistas, se consignarán algunas palabras en cursiva, tales como *compañera*, *camarada* o *el Partido*.

<sup>4</sup> Teórico y secretario general del Partido Comunista del Uruguay entre 1955 y 1987.

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

Arévalo.<sup>5</sup> Por otro lado, el diario *El Popular*<sup>6</sup> resultó fundamental, en la medida en que vehiculizó el discurso —en el sentido foucaultiano— vertebrador de los mandatos de género y posturas políticas sobre la militancia y los modelos de género; especialmente, fue clave su página semanal «Para la mujer y el hogar». Por otro lado, se analizaron algunas publicaciones difundidas por el PCU, como *La mujer obrera* (Krupskaya, 1970), *La mujer en la RDA* (Arévalo, 1968), entre otras. Tal como señala De Giorgi (2018), los acervos documentales, lejos de ser espacios «objetivos», son el resultado del esfuerzo por proteger cierta memoria; de alguna forma, los testimonios orales permiten descubrir, tras las imágenes monolíticas de los documentos oficiales, un repertorio de contradicciones y fisuras. Por este motivo resolví acudir a la historia oral, con todas las complejidades y desafíos que esto implica (Pollak, 2006). Para llegar a las entrevistadas utilicé la técnica de la «bola de nieve»; las protagonistas son nombradas con seudónimos: Mariana,<sup>7</sup> Alejandra,<sup>8</sup> Alba,<sup>9</sup> Elena,<sup>10</sup> Juana,<sup>11</sup> Rosa<sup>12</sup> y Luisa.<sup>13</sup>

<sup>5</sup> Nacida en 1898, integró el Partido Socialista y fundó posteriormente el PCU, donde dirigió la Comisión de Mujeres y conformó el Comité Ejecutivo. Fue la primera diputada mujer en 1942, junto con la batllista Magdalena Antonelli, y fue senadora entre 1947 y 1951.

<sup>6</sup> Diario publicado entre 1957 y 1973, con pequeños períodos de censura.

<sup>7</sup> Mariana (1941-2021) fue dirigente del Centro de Estudiantes de Arquitectura y del PCU, electa edila por el Cerro en 1971. Entrevista realizada por la autora en su hogar en diciembre de 2020.

<sup>8</sup> Alejandra (1942-) fue docente y militante del PCU, del FideL y del Frente Amplio. Entrevista realizada en su hogar en marzo de 2021.

<sup>9</sup> Alba (1935-2021) fue odontóloga y destacada militante del PCU. Entrevistada por la autora, en su hogar, en diciembre de 2019 y en marzo de 2020.

<sup>10</sup> Elena (1948-), trabajadora textil, católica y militante del PCU. Entrevistada por la autora, en su hogar, en noviembre y diciembre de 2020.

<sup>11</sup> Juana (1948-) fue trabajadora textil, dirigente sindical y militante del PCU. Entrevistada en su hogar en noviembre de 2020 y marzo-abril de 2021.

<sup>12</sup> Rosa (1959-), militante del PCU, trabajó como promotora y luego como administrativa en *El Popular*; entrevistada en su hogar en noviembre de 2020 y en febrero y marzo de 2021.

<sup>13</sup> Luisa (1949-), trabajadora *friyera* (entiéndase «empleada frigorífica»), militante de la UJC y del PCU. Entrevistada por la autora en su hogar en marzo y abril de 2021.

## Algunas consideraciones teórico-metodológicas

Parto de la premisa de que no existe *una* forma natural de ser, de vivir y de luchar como mujer, sino que *mujer* es una categoría socialmente construida a través de las nociones de género, entendiendo este como el conocimiento que tenemos sobre las diferencias sexuales, que naturaliza lógicas de poder e impacta en la vida social y política (Scott, 1990). Siguiendo a la antropóloga Marcela Lagarde, «la condición de la mujer es una creación histórica cuyo contenido es el conjunto de circunstancias, cualidades y características esenciales que definen a la mujer como ser social y cultural genérico: ser de y para los otros» (Lagarde, 2005: 33). La autora sostiene que cada mujer sintetiza de distintas e irrepetibles maneras esas características compartidas que son orquestadas y jerarquizadas por el sistema patriarcal, aunque, agrego, siempre hay un margen para la agencia. La historia de género analiza cómo el género opera y se reproduce en cada contexto, teniendo en cuenta que en ocasiones sus mandatos se imponen de forma más sutil, sofisticada y efectiva que las propias leyes objetivas.

## Contexto

En el Uruguay del siglo xx se legisló un modelo de ciudadanía de aparente «igualdad» entre varones y mujeres,<sup>14</sup> sin embargo, ese modelo fue incapaz de terminar con las asimetrías entre los sexos. En los años sesenta el modelo de domesticidad continuaba profundamente vigente, y el espacio público-político seguía siendo mayormente masculino.

Las crisis y proyectos de transformación social fueron *in crescendo* en la década de 1960, cuyo corolario fue 1968. La convulsión se tradujo

<sup>14</sup> Cuyos hitos pueden ser las leyes de Divorcio en 1907 y 1913, la ley del Sufragio femenino en 1932 y el Código civil de 1946 (Rodríguez Villamil y Sapriza, 1984).

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

en un aumento cuantitativo de la militancia en general, llamando la atención el crecimiento del caudal femenino en diversas filas políticas; concretamente para el PCU, en 1968 se afilió un número inusitado de mujeres.<sup>15</sup> Durante el quinquenio estudiado *el Partido* definió insistentemente a las mujeres y las invitó a participar, ya fuera en comisiones mixtas o femeninas. Sin embargo, las entrevistadas coinciden en que subsistían grandes desigualdades entre varones y mujeres; en este sentido, indagaré por qué la retórica de la inclusión no alcanzó para superar las asimetrías entre *compañeras* y *compañeros*. Por otro lado, este periodo coincidió con el ocaso de la «Suiza de América» y el crecimiento y radicalización de las organizaciones de izquierdas y de derechas. El país ingresó en una espiral de violencia inusitada, especialmente luego de que en agosto de 1968 se abriera la lista de mártires estudiantiles en la femoral de Líber Arce. El proceso represivo se profundizó bajo el gobierno de Juan María Bordaberry, hasta que en 1973 se dio el golpe de Estado (Demasi *et al.*, 2009), que inició una feroz dictadura. Entendiendo que el gobierno de facto modificó las condiciones objetivas y subjetivas de vida de las militantes, pese a sus continuidades en el marco del terrorismo de Estado, mi período de estudio culmina en 1973.

## **Las camaradas: los discursos de igualdad y sus paradojas**

Comprender las nociones y roles de género fraguados por el PCU en los años sesenta implica visualizarlos como el resultado de la confluencia entre las posturas de larga data y las innovaciones de la década, sopesando el diálogo entre los aportes globales y vernáculos.

<sup>15</sup> Según el *Informe del Comité Central para el XX Congreso del PCU*, en 1968 el 31 % de los ingresos al partido fueron mujeres, que ascendieron en 1969 al 34,7 % y al 36,4 % en 1970. Siguiendo a Rico *et al.* (2021), no existe consenso sobre el número real de afiliados y afiliadas al PCU antes del golpe de Estado.

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

El PCU fue un partido legal y público que participó del sistema político, consagrándose como una organización de cuadros y masas (Rico *et al.*, 2021). Los órganos de mayor jerarquía solían ser monopolizados por varones, a excepción de Julia Arévalo, quien, desde los albores *del Partido* hasta su muerte en 1985, encarnó la cara visible de la organización y de su línea estratégica respecto a las luchas femeninas.

En el periodo estudiado, *el Partido* hizo coincidir la lucha legal con la clandestina en la medida en que propició la inserción de masas, la acción parlamentaria y la preparación de un aparato armado.<sup>16</sup> Esta estrategia y la convicción de que la clase obrera, en tanto vanguardia revolucionaria, debía establecer alianzas con otros sectores —como las capas medias urbanas y la burguesía antimperialista— implicaron una versátil gama de afiliadas (intelectuales, amas de casa, obreras, etc.).

Desde los orígenes del comunismo se planteó la necesidad de incorporar mujeres trabajadoras a sus filas, denunciando la situación de doble opresión en la que ellas se encontraban.<sup>17</sup> Las *camaradas* tomaron distancia del feminismo burgués, enfatizando que «sus condiciones están estrechamente ligadas a las condiciones de toda la clase trabajadora, y solo la victoria de la clase trabajadora, del proletariado, puede liberar a las mujeres».<sup>18</sup>

Históricamente, en los esfuerzos por incluir a las mujeres convergieron varios factores: el deseo de liberarlas de su doble condición de explotadas,<sup>19</sup> la gran potencia revolucionaria que dicha condición supuestamente les confiere, la necesidad de contar con sus fuerzas durante el

<sup>16</sup> La reciente investigación *El Partido Comunista bajo la dictadura. Resistencia, represión y exilio (1973-1985)* (Rico *et al.*, 2021) confirmó la existencia de un aparato armado en el PCU.

<sup>17</sup> Ver Bebel, A. (1976). *La mujer y el socialismo*. Madrid: Akal; Engels, F. (2006). *Orígenes de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. Madrid: Fundación Federico Engels; Engels, F. y Marx, K. (1999). *El manifiesto comunista*. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>

<sup>18</sup> Krupskaya, N. (1970). *La mujer obrera*, p. 12. Montevideo: Pueblos Unidos.

<sup>19</sup> Krupskaya, 1970: 16.

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

proceso revolucionario —y, posteriormente, productivo— y evitar que su conciencia limitada al hogar perjudique la militancia de los hombres.<sup>20</sup> Puntualmente en Uruguay, donde el voto nacional femenino se conquistó en 1932 y donde las mujeres constituían la mitad de la población, disputarse su simpatía también era una necesidad parlamentaria.

En los años sesenta, los discursos para invitar a las mujeres ponían un fuerte énfasis en su sensibilidad y en su rol materno:

Particularmente sensibles a las repercusiones de la crisis, especialmente en la carestía de la vida y a su incidencia negativa sobre el bienestar físico, la salud y las posibilidades educativas de sus hijos, en determinadas condiciones ellas dan prueba de su combatividad, espíritu de sacrificio y eficacia en la acción política (Arismendi, 1966: 60).<sup>21</sup>

Según estos argumentos existe una sensibilidad femenina concreta vinculada directamente al cuidado de otros. La crisis política y económica de los años sesenta habría provocado lo que la psicóloga española Victoria Sau (1997, 2004) denomina «vacío de maternidad», en tanto imposibilidad de decidir y gestionar la vida familiar tal como se espera. Así, luchar contra esa crisis sería la forma de reafirmar y trascender el rol materno.

En coherencia con el planteo expuesto por Arismendi, las entrevistas realizadas casi semanalmente en la página «Para la mujer y el hogar» aluden a un itinerario militante que comenzaba a raíz de las penurias familiares provocadas por la carestía y la represión para dar paso a la toma de conciencia en el encuentro con las *compañeras*. Finalmente, el último eslabón de esta evolución política era el reconocimiento del marxismo como la única doctrina capaz de interpretar y transformar el mundo y de garantizar un futuro feliz y libre para sus hijos/as.

<sup>20</sup> Ver Lenin, V. I. (1981). *Obras completas de V.I. Lenin*. Moscú: Progreso; Krupskaya, 1970: 32.

<sup>21</sup> Proyecto de resolución general del XIX Congreso del Partido Comunista. (1966). *Estudios*, (40).

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

Por otro lado, los comunistas sostenían que las mujeres estaban rezagadas política y culturalmente a causa de «la absorción por las tareas domésticas, los desniveles culturales, la falta de independencia respecto al hombre» (Arismendi, 1966: 60)<sup>22</sup> —idea que parece heredada de Engels (2006)—, es decir que las causas de ese «retraso» eran sociales, no naturales, y por ende eran superables mediante la educación. En este sentido, «El Partido debe elevar su trabajo entre las mujeres a un nivel superior, para promover las consignas movilizadoras y los métodos de organización y de lucha adecuados, y para ayudar que las organizaciones de masas, y no solamente las específicamente femeninas, orienten su actividad de tal modo que facilite la incorporación y la militancia de grandes sectores de mujeres» (Arismendi, 1970: 154).

Si bien las mujeres podían integrar los espacios mixtos, se crearon comisiones estrictamente femeninas «cuando así lo determinen las dificultades de participación regular en las comisiones».<sup>23</sup> La idea era facilitar la concurrencia de las *camaradas* realizando las reuniones en horarios armónicos con las tareas domésticas y adecuadas a la presencia de niñas; asimismo, las actividades y agendas eran acordes a lo que hoy entendemos como los roles de género.

Resulta revelador analizar la evolución de las propuestas respecto a las *camaradas* en los congresos, las máximas instancias del PCU. Durante el XVII Congreso (1958), se manifestó que *el Partido* debía asumir la responsabilidad inaplazable de fortalecer un movimiento femenino amplio en torno a temáticas como la defensa de la paz, las mujeres, las infancias y las familias. Se conminaba a las *camaradas* a organizar espacios femeninos en sus localidades y organizaciones de base. En 1966, el XIX Congreso redobló la apuesta, señalando la necesidad de ampliar la participación de

<sup>22</sup> Proyecto de resolución general del XIX Congreso del Partido Comunista. (1966). *Estudios*.

<sup>23</sup> *Estatutos del Partido Comunista del Uruguay* (1958), aprobados por el XVII Congreso, art. 36.

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

mujeres en todas las organizaciones de masas, no solo en las femeninas. No obstante, el XX Congreso (1970) fue mucho más radical al sostener que la atención al movimiento femenino y la organización de las mujeres dentro del PCU era una gran tarea del momento que demandaba promover a miles de mujeres en todas las direcciones partidarias.<sup>24</sup>

Es probable que este interés creciente por la participación de las *camaradas* y el énfasis puesto en la necesidad de incorporarlas en espacios mixtos y, finalmente, jerárquicos, haya tenido que ver con el deseo de encuadrar el aumento de mujeres militantes en general y de *aggiornarse* a las nuevas pautas, según las cuales las *compañeras* pretendían militar a la par de los varones, despreciando los espacios «femeninos».

No obstante, según las entrevistadas, en el PCU las comisiones femeninas no resolvían nada sin el aval del Comité Ejecutivo, dirigido por los varones. Por otro lado, tal como demostró Navailh (2018) para el caso soviético, los espacios femeninos eludían los debates profundos sobre las desigualdades entre varones y mujeres en la medida en que consideraban las luchas feministas como desviaciones burguesas que perjudicaban a *la Revolución*. La comunista uruguaya Moriana Hernández señaló asimismo que estos espacios «solían reafirmar el rol clásico de las mujeres, en una estructura clásicamente machista» (Hernández, citada por Rico *et al.*, 2021: 816).

De Giorgi identificó que las jóvenes estudiantes rechazaban los espacios femeninos, más bien integrados por mujeres mayores, como manifestó Teresa: «Nosotras [...] queríamos ser revolucionarias, armas, lucha clandestina... Nuestros modelos eran hombres [...] Si vos preguntabas: “¿Vos a dónde querés ir? ¿A la FDIM o a la Sierra Maestra?”

<sup>24</sup> Arismendi, R. (1988). *Congresos y documentos del Partido Comunista de Uruguay*, p. 206. Montevideo: Comisión Nacional de Propaganda del Partido Comunista.

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

“No, yo a la Sierra Maestra, ahí está la libertad; allá no”» (Teresa, citada por De Giorgi, 2015: 7).<sup>25</sup>

En este sentido, mis entrevistadas también desestimaron los espacios femeninos como lugares donde se preocupaban de «cosas de mujeres, no de la Revolución»,<sup>26</sup> desbordando los mandatos naturalizados en el PCU. Sin embargo, veremos que, a diferencia de las jóvenes intelectuales, ellas se mantuvieron leales en aspectos como los roles en el hogar, lo cual influye indirectamente en las posibilidades militantes.

## «Mujer no se hace, se nace»

El psicólogo Enrique Sobrado<sup>27</sup> contradujo, con argumentos biológicos, a la feminista francesa Simone de Beauvoir en *El Popular*, sosteniendo que «“Mujer no se nace, se hace”,<sup>28</sup> afirmación totalmente existencial [...] cuando las últimas investigaciones endocrinológicas podrían contestarle que es absolutamente al revés».<sup>29</sup>

Asimismo, en el cierre del xx Congreso del PCU, Arismendi describió a las mujeres tal cual el modelo hegemónico:

[Los comunistas sienten] la vida en la audacia del joven que desafía la rémora del pasado, en los ojos relucientes y hermosos de las muchachas, en la ternura de la madre que carga a su hijo en hombros en las manifestaciones, o espera al muchacho que vuelve magullado, o no vuelve de la acción callejera.<sup>30</sup>

Una y otra vez los discursos que invitan a las mujeres a organizarse se encuadran en representaciones que las ubican en un lugar casi pasivo,

<sup>25</sup> Teresa es un seudónimo utilizado por la autora de esta tesis.

<sup>26</sup> Mariana (comunicación personal, 2020).

<sup>27</sup> Prestigioso psicólogo que escribió varios libros y artículos en *El Popular*.

<sup>28</sup> Reversión del original «No se nace mujer, se llega a serlo», acuñado por Simone de Beauvoir en su libro *El segundo sexo* (1949).

<sup>29</sup> (12/5/1972). Sobrado, E., *El Popular*, p. 9.

<sup>30</sup> Arismendi, 1988: 215.

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

de espera, lejos de los enfrentamientos callejeros, que idealmente debían ser un espacio masculino. La serenidad, la belleza, la generosidad, la suavidad, la humildad y el martirio fueron atributos siempre destacados en los discursos que definían a las *compañeras*.

De todas las edades, provenientes de distintos estratos sociales, abocadas a diversas funciones políticas, madres o no, todas parecían compartir una «naturaleza femenina».

El análisis de documentos y de las entrevistas sugiere que consideraban a las mujeres innatamente inclinadas a los cuidados, cuyo destino manifiesto y función principal era la maternidad, mandato vehiculado a través de una retórica mesiánica, tal como fue señalado en *El Popular*:

Las leyes de la naturaleza le han dado a la mujer la misión de parir con su sangre el nuevo ser que se engendra en sus entrañas; hay entrega con felicidad, hoy cada vez más la mujer reclama un lugar para una mayor entrega. Aunque esta le traiga dolor, no solo quiere alumbrar un nuevo ser, quiere alumbrar también una nueva humanidad.<sup>31</sup>

La militancia parece ser el resultado lógico y supremo de las responsabilidades maternas: «Yo he sostenido que la política constituye para la mujer la culminación de la maternidad, una trascendencia».<sup>32</sup> Parece que las responsabilidades político-sociales emanadas de la maternidad dotaran de poder a estas mujeres, pero a su vez su naturalización las encapsulaba en horizontes y deberes limitados a su condición de mujeres/madres, cercadas en la maternidad como lugar político.<sup>33</sup>

Este ahínco en la maternidad ofrece varias lecturas. En primera instancia, era entendida en el Comunismo Internacional (CI) como un deber social, ya que se consideraba a las madres como el pilar fundamental de las familias, y a las familias como la célula de la sociedad. Sin duda, la

<sup>31</sup> (29/9/1968). *El Popular*.

<sup>32</sup> (15/11/1968). *El Popular*.

<sup>33</sup> Este proceso no es exclusivo del comunismo, tal como demostró Peruchena (2021) para el batllismo.

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

familia como entelequia fue instrumentalizada por las izquierdas y derechas del mundo al presentarse ambas como sus defensoras. Siguiendo a Engels (2006), los comunistas anhelaban poner fin a la familia como institución burguesa, pero fueron sistemáticamente acusados de querer terminar con los lazos familiares en general. Por ello, la maternidad era buena auspiciante: cuando Mariana subía a los escenarios embarazada, de cara a las elecciones de 1971, implícitamente se aclaraba que *el Partido* no era un peligro para los niños, como el anticomunismo difundía.<sup>34</sup>

Es probable también que buscaran persuadir a otras mujeres para quienes el rol materno era prioritario y que solían carecer de experiencia política. No obstante, interpreto que también se autopercebieron principal y sinceramente como madres cuya misión era salvar a los niños y las familias.

Canónico fue el caso de doña Josefina Restuccia, «la madre de Líber Arce», que, «siguiendo los pasos de su hijo», se afilió al PCU en 1970, y llamó a todas las mujeres a unirse como «única forma de legarles a nuestros hijos un futuro venturoso».<sup>35</sup> De alguna manera, este discurso habla de un nuevo nacimiento —simbólico— en el que el martirio del hijo parió una nueva madre, esta vez comprometida con las causas de su tiempo.

En este sentido, sostenían que «La mujer no solo es madre porque concibe un hijo, sino porque es capaz de crear un mundo que pueda ser habitable. La política es la que crea las condiciones para que el mundo sea habitable».<sup>36</sup> Así, la maternidad como emblema podía ser real o simbólica en la medida en que, por un lado, las jovencitas eran potencialmente madres que estaban exteriorizando sus «cualidades innatas» vinculadas a garantizar la reproducción de la vida de otros y, por otro lado, era

<sup>34</sup> Mariana (comunicación personal, 2020).

<sup>35</sup> (9/11/1968). *El Popular*, p. 7.

<sup>36</sup> (23/3/1971). Sosa, C., *El Popular*.

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

simbólica en la medida en que la construcción del sujeto político implica una generalización abstracta: no importan tanto las madres concretas, sino la maternidad como símbolo.

En conclusión, tanto los discursos de los dirigentes como de *El Popular* fueron correas de transmisión de un modelo versátil de mujer militante (obrera, ama de casa, intelectual, etc.) en cuyo núcleo compartido podemos encontrar una «esencia femenina» coherente con el estereotipo hegemónico. La maternidad —real o simbólica— define a las mujeres y justifica su militancia, en concordancia con los postulados del CI.

## Los derechos de las mujeres centrados en su rol materno

La plataforma programática del PCU respecto a las mujeres contempló el reclamo por mejores condiciones laborales, por «igual salario a igual trabajo», leyes que evitaran los despidos —sobre todo de las mujeres casadas y madres—, que aumentaran la licencia por maternidad a seis meses, que aumentaran los montos de las asignaciones familiares, así como la construcción de casas cuna, comedores y jardines de infancias. De esta manera hacían propias las banderas que las *camaradas* habían enarbolado primero desde la Secretaría Internacional de la Mujer en el Komintern y luego desde la Federación Internacional de Mujeres (Frenchia y Gaido, 2016).<sup>37</sup>

Nuevamente aparece la maternidad como protagonista, en la medida en que los reclamos por derechos laborales de las mujeres suelen presentarse entrecruzados con los derechos maternos. Este vínculo busca orquestar dispositivos que las suplanten en las tareas domésticas, habilitándolas a dedicarle más horas al trabajo extradoméstico y a la militancia, y, por otro lado, pretende garantizar a través de ellas la crianza de niños fuertes, sanos

<sup>37</sup> Ver Arévalo, J. (1968). *La mujer en la RDA*. Montevideo: Pueblos Unidos.

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

y adeptos a la causa. En la medida en que los *churrinches*<sup>38</sup> significaban el futuro de *la Revolución*, la intelectualidad política y la mano de obra que debería construir el mañana, puede leerse en las reivindicaciones comunistas cierto halo de protección funcional sobre la maternidad, tal como señala Peruchena para el período batllista: «Si la niñez constituye el porvenir de un país, es preciso que esa niñez sea el resultado de maternidades “ordenadas física y moralmente”» (2021: 24).

## El trabajo doméstico: una militancia invisible

En general, mis entrevistadas aspiraban a replicar el modelo de amas de casa sumamente minuciosas, en oposición a lo arrojado por las investigaciones centradas en los estratos medios intelectualizados del PCU (De Giorgi, 2011, 2015).

Al hurgar en los archivos podemos encontrar un discurso dual en el PCU. Por un lado, se manifestaba que las actividades domésticas eran una pérdida de tiempo que el socialismo debería evitar estructurando una gran red de servicios, tal como sucedía en la URSS;<sup>39</sup> por otro lado, en *El Popular* se representaba el interior del hogar como un lugar de orgullo para las mujeres, donde justamente se reforzaba una feminidad basada en el orden, la belleza y los cuidados. En esta línea, la página «Para la mujer y el hogar» ofrecía *tips* médicos, de alimentación y psicológicos para garantizar el desarrollo de infancias fuertes, sanas y solidarias, replicando un discurso según el cual la madre administradora y amorosa se encargaba de los cuidados dentro del hogar, y el padre proveedor aseguraba el sostén material.

<sup>38</sup> Pequeña ave de pecho rojo que habita el Uruguay. Con este término denominó *El Popular* su página dedicada a los niños.

<sup>39</sup> Arévalo, 1968.

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

Nada parece indicar que haya existido una propuesta respecto a la coparticipación en las tareas en el hogar. En este sentido, el hecho de considerar que el problema se solucionaría estatizando parte del sistema de cuidados ocultó que los roles cumplidos por mujeres y varones estaban jerarquizados.

En este «acto de amor», ellas realizaban gratuitamente todas las tareas que los varones necesitaban para poder trabajar, militar y salir con «los muchachos», sin preocuparse de su propia comida y ropa sucia. En este sentido, los quehaceres domésticos constituían lo que la teórica feminista y comunista Isabel Larguía denominó en 1977 como «trabajo invisible», en oposición al trabajo visible y pago. Los modelos de feminidad y masculinidad imperantes impidieron que se dimensionara la función reproductiva como «el complejo de actividades y relaciones gracias a las cuales nuestra vida y nuestra capacidad laboral se reconstruyen a diario» (Federici, 2018: 15).

Con esta división de tareas, las entrevistadas acuerdan que las actividades políticas y culturales disminuyeron para quienes eligieron ser madres. Ellas asumieron que la maternidad implicaba sacrificar los deseos propios y las responsabilidades fuera del hogar, que presentaban el riesgo de perjudicar a los niños o arruinar el matrimonio, como reflexionó Rosa:

Yo observé mucho la vida de las militantes, abnegadas militantes, difícil la vida de esos gurises, muy difícil [...] Si tenías familia, terminaban con el matrimonio, andá a dejar tirados a tus hijos y rajarte p' acá y rajarte p' allá, porque está todo bien, pero a veces a los maridos les cuesta por más buenos compañeros que sean.<sup>40</sup>

Alba consideró que las exigencias maternas constituían una traba para sus proyectos políticos y eligió no tener hijos, convencida de que «América era un volcán revolucionario, y yo tenía 25 años; si estabas

<sup>40</sup> Rosa (comunicación personal, 2021).

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

pensando en tener nenitos, tal vez no podías vivir todas esas cosas sin sentir ningún tipo de presión directa o sanción social».<sup>41</sup>

Su experiencia demuestra que, pese a que los discursos oficiales fomentaban la maternidad, se aceptaban otras opciones, las cuales, de hecho, eran bien vistas entre las jóvenes intelectuales, según demostró De Giorgi (2015).

Las entrevistadas eligieron tener hijos/as, sabiendo que esto limitaría su desarrollo político, pero convencidas de que, desde la reproducción y crianza de los *churrinches* en los valores comunistas, estarían sumando igualmente a *la Revolución*.

Por otro lado, las mujeres aprovechaban los prejuicios existentes para cubrir *compañeros*, simulando ser «simples amas de casa inocentes». Mentirles a las Fuerzas Conjuntas, armar dispositivos para comunicarse, alimentar o esconder a los clandestinos implicó sin dudas grandes riesgos. Fueron también las que cocinaban para los *compañeros*, las que cuidaban a los hijos de otros militantes durante sus actividades y las que sostuvieron las casas y a los presos, como recuerda Juana: «Mi madre me cuidaba a la niña porque yo trabajaba todo el día para poder llevarle las cosas a mi hermano al penal».<sup>42</sup>

Sin embargo, aquellas actividades que las mujeres realizaron desde el hogar fueron catalogadas como simples actos de solidaridad o como expresión de sus responsabilidades domésticas, por más que les implicaran gasto de dinero, de energía y de tiempo, y les exigiesen una dedicación que sumaba a la causa revolucionaria. Esto se explica porque el concepto de militancia enraizado en la perspectiva androcéntrica quedó ceñido a las tareas visibles del mundo público-político, lo que significó que las tareas dirigentes fueran las más valoradas y recordadas, en desmedro de las

<sup>41</sup> Alba (comunicación personal, 2020).

<sup>42</sup> Juana (comunicación personal, 2020).

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

actividades de base fundamentales para el funcionamiento de cualquier organización política.

Es posible concluir que las mujeres comunistas eran invitadas a cumplir lo que hoy se denomina *triple jornada*, articulando el trabajo doméstico, el trabajo remunerado y la militancia (Legarreta y Sagastizabal, 2016), lo cual redundó en un gran esfuerzo y el desgaste vital de estas mujeres.

## «Las mujeres metíamos para adelante igual que los hombres»<sup>43</sup>

Pese a que en los ámbitos de militancia ellas tuvieron más prerrogativas que la generación de sus madres, Elena recuerda la persistencia de diferencias en las potestades entre los sexos:

Los hombres eran los machos. No te daban ningún lugar [...] Yo creo que eran ellos los que mandaban. No quiero meterlos ahí, porque capaz que no era así [...] ellos eran «los más inteligentes, los más sabios, los que sabían las cosas». Nosotras «no entendíamos algunas cosas», nos despreciamos solas me parece.<sup>44</sup>

El protagonismo masculino se veía con naturalidad en la medida en que ellos eran mayoría y tenían más experiencia política. Eran también quienes estaban más dispuestos a hablar en las asambleas, consecuencia lógica de una socialización que históricamente ha educado a los varones como sujetos del espacio público, apasionados por el debate, ocupados de los temas políticos y dotados de fuerza y vehemencia. Mientras, las mujeres, confinadas al hogar y a los sentimientos, recién estaban transitando la experiencia de defender sus posturas ante un auditorio.<sup>45</sup>

<sup>43</sup> Luisa (comunicación personal, 2021).

<sup>44</sup> Elena (comunicación personal, 2020).

<sup>45</sup> Por supuesto que se conocieron otros ejemplos, como el de Teresa, una *friyera* que participaba muy activamente de las asambleas y que, contra la voluntad de Arismendi, se negó a poner crespones en el

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

No se trata de evaluar si todos los varones aceptaron a las mujeres en las asambleas o no, sino de identificar que los mandatos de masculinidad y feminidad que adquirieron en el proceso de socialización decantaron en la construcción de distintas herramientas y autopercepciones para discutir e incidir en la sociedad. Alejandra descubrió los efectos de esta desigualdad cuando se encontró con mujeres que hablaban y debatían en espacios exclusivos de mujeres, pero se llamaban al silencio en espacios mixtos, ya que se sentían inferiores en el debate frente a los varones.<sup>46</sup>

Si bien, como fue mencionado, en el discurso oficial se aludía a la necesidad de incorporarlas como iguales, no hubo un trabajo colectivo concienzudo capaz de quebrar los prejuicios y jerarquías de género.

En general, los cargos de dirección los ocupaban los varones. Hubo algunas mujeres que integraron espacios de mandos medios, pero fueron minoritarias, y debieron lidiar con la hegemonía masculina. Entre las entrevistadas, aquellas que asumieron responsabilidades particulares ocuparon mayormente cargos de finanzas, aunque prefirieran otras actividades, como Alba. En este sentido, la actriz comunista Jébele Sand comentó: «Los comunistas creían que las mujeres teníamos una alcancía en la barriga, porque siempre nos ponían en finanzas en vez de poner nos a trabajar en otras cosas».<sup>47</sup> Sin dudas la tarea fue fundamental para sostener todo el quehacer de la organización, sin embargo, la presencia constante de mujeres allí se vincula con el supuesto según el cual ellas son las mejores administradoras —idea enclavada en el propio modelo de domesticidad—, mientras las aleja de los debates y decisiones más puramente políticas.

---

local del PCU tras la muerte de Stalin (Millán, 2020).

<sup>46</sup> Alejandra (comunicación personal, 2021).

<sup>47</sup> Entrevista realizada a Jébele Sand por Guillermo Pellegrino, publicada en el libro *Jébele: el cálido blues de los mediodías. Conversaciones con Jébele Sand, Marieta Caramba y otras mujeres* (2009). Montevideo: Estuario.

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

Respecto a las actividades propiamente militantes, hay dos visiones opuestas. Unas recuerdan que las pintadas, volanteadas y seguridad del local las realizaban mayormente varones, quienes hacían explícita la preferencia de que ellas se ocuparan de otras tareas; al contrario, hay quienes sostienen que «Siempre fuimos, son divinas las pintadas. Yo fui todo el tiempo, también hacíamos la seguridad del local, la seguridad el Primero de Mayo. Las mujeres echábamos para adelante, igual que los varones»,<sup>48</sup> convencidas de que ellos aceptaban sin problema su presencia y de que la proactividad de las mujeres se asemejaba a las prácticas de los *compañeros*.

Las actividades de formación y charlas de las que participaron y organizaron referían al marxismo y a la coyuntura, cuyo contenido y dictado solía estar a cargo de los *compañeros* de mayor experiencia, es decir los varones. Existían charlas referidas a la familia, el hogar y las luchas específicas de las mujeres organizadas por los espacios femeninos, pero a ninguna de las entrevistadas le interesó participar en ellas. Asimismo, la producción de textos y definición de consignas también solían estar en manos de los *compañeros*.

En otro sentido, los varones frecuentaban los «bolichitos» de barrio, reductos masculinos y masculinizantes donde las «mujeres de bien» no entraban y donde la política seguía discurriendo informalmente.

Por último, la participación de mujeres en el aparato armado es tan misteriosa como el propio aparato. Leibner sostiene que «el aparato armado restrictivamente entendido, o sea, los supuestos militantes con armas, no creo que incluyera mujeres. No tengo ningún caso de mujer que supuestamente iba a portar armas».<sup>49</sup> Sin embargo, como manifiesta el autor, si pensamos en la logística que requiere —esto es, viviendas donde camuflar

<sup>48</sup> Luisa (comunicación personal, 2021).

<sup>49</sup> G. Leibner (comunicación personal, 2021, mayo). Cabe señalar que su padre, León Leibner, participó del aparato clandestino de sanidad.

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

armas y personas, sanidad, aparatos de información, comunicación y finanzas—, resulta evidente que tenía que haber mujeres. En este sentido, el investigador sugiere: «Me parece bastante claro que había una división de roles de género bastante clara y tradicional en las distintas tareas clandestinas, pero para visualizarlo hay que hablar no del aparato armado, sino de todos los aparatos clandestinos».<sup>50</sup>

En definitiva, tal como demostró Hobsbawm para el CI (2012), pese a las intenciones declaradas de integrar a las mujeres a la lucha, en general ellas no accedieron a las primeras filas, y el PCU no parece haber sido la excepción, resultando que, en la distinción entre cuadros y masas, las mujeres quedaran relegadas al anonimato de las masas.

## Conclusiones

### «La Revolución se hacía de la puerta de la casa para afuera»

El recorrido de esta investigación permite concluir que los discursos sobre las mujeres estaban en sintonía con las estrategias y representaciones del Comunismo Internacional, respetuoso de las premisas de Marx, Engels, Bebel, Lenin y Krupskaya, entre otros.

Pese a invitar a las mujeres a sumarse a la militancia, en la medida en que los mandatos de feminidad y masculinidad no fueron cuestionados y que el paradigma político y las prácticas del PCU continuaron siendo androcéntricos, las posibilidades militantes fueron distintas para varones y para mujeres.

Aunque se impugnara el principio de inferioridad de las *compañeras*, detrás de las palabras se puede desentrañar un discurso patriarcal que se pretendía sinceramente igualitario, desconociendo que las diferencias continuaban jerarquizadas.

<sup>50</sup> G. Leibner (comunicación personal, 2021, mayo).

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

Los y las *camaradas* creían que toda opresión emanaba de la propiedad privada de los medios de producción, por lo tanto, estaban convencidos de que *la Revolución comunista* solucionaría todos los problemas que perjudicaban a las mujeres, perspectiva que decantó en la imposibilidad de objetar el *statu quo* heteropatriarcal.

En la medida en que las *compañeras* fueron convocadas a luchar exclusivamente por su pertenencia de clase, no pudieron pensarse a sí mismas en sus particularidades como mujeres; más aún, en el caso de las que integraban las comisiones femeninas, se pensaron reafirmando los mandatos de género. Asimismo, no tuvieron las herramientas conceptuales que nos dan hoy los feminismos para comprender que la simple presencia de las mujeres en los ámbitos masculinos no desmonta las relaciones desiguales entre los géneros. Esta dificultad para visualizar la persistencia de las relaciones de poder entre los sexos explica la contradicción entre los discursos igualitaristas y los comportamientos cotidianos de aquellos varones cuya masculinidad se seguía midiendo en el espacio público y en el uso de fuerza, y de aquellas mujeres cuya feminidad las devolvía al hogar y los cuidados.

Nada prohibía que las *camaradas* cumplieran determinadas funciones u ocuparan lugares jerárquicos, pero los prejuicios, la valorización de formas «masculinas» en cuestiones como la oratoria y la fuerza, la falta de experiencia de las mujeres y los mandatos de feminidad y domesticidad evitaron que ellas cumplieran las mismas funciones que los varones y que «ascendieran». En general, las *compañeras* con cargos fueron minoritarias y profesionales.

El proceso de investigación derivó en la necesidad de recuperar a la «madre comunista», ya que encontré que las mujeres eran definidas en su calidad de madres —reales o simbólicas—, que las agendas vinculadas a las mujeres tenían como centro los derechos de las madres, que la maternidad fue vista como una función social que sumaba a *la Revolución*, que esta

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

condición fue erigida como lugar político y que, a su vez, limitó la participación política de las entrevistadas. En este sentido, mientras las jóvenes comunistas de estratos medios buscaron quebrar con los arquetipos de sus madres y renegaron de las tareas domésticas como forma de encarnar al «Hombre Nuevo» (De Giorgi, 2015, 2018), estas jóvenes del mundo obrero se reafirmaban en roles socialmente asignados de maternidad y domesticidad, aun cuando rechazaban militar en los espacios femeninos. Es decir que coetáneas y copartidarias desarrollaron distintas identidades de género atravesadas por la cultura de clase y de barrio.

Desde sus hogares, las mujeres sostuvieron *el Partido*, la militancia y la vida de los *compañeros* a partir del trabajo reproductivo y la utilización de los prejuicios para realizar tareas de cobertura, acciones que pese a su importancia fueron subestimadas.

De acuerdo con el enfoque que propongo, pensar las prácticas políticas de las mujeres implica, justamente, ampliar el concepto de política y tener en cuenta no solo aquello que se realiza en el mundo público, sino también todos los quehaceres cotidianos sin los cuales difícilmente las organizaciones hubieran podido sostenerse en el periodo estudiado.

Queda claro que *la Revolución social* se limitaba a terminar con unas relaciones de producción que consideraban violentas, con un Estado que creían autoritario y con algunos comportamientos cotidianos que veían claramente caducos, pero esta revolución, como testimonió Elena, «se hacía de la puerta de la casa para afuera»,<sup>51</sup> sin cuestionar la hegemonía de los *compañeros*. Esto no quita que el acceso inusitado de las mujeres a la arena política y el comienzo de los cuestionamientos hayan tenido un sentido profundamente revulsivo y hayan generado transformaciones cuyos frutos se comenzarán a ver con el empuje de los feminismos tras la reapertura democrática.

<sup>51</sup> Elena (comunicación personal, 2021).

## Referencias

- Cosse, I. (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cosse, I. (2010). *Los sesenta de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidad*. Buenos Aires: Prometeo.
- De Giorgi, A. L. (2015). La otra nueva ola. Jóvenes mujeres comunistas en el Uruguay de los 60. *Izquierdas*, (22). DOI: [10.4067/S0718-50492015000100009](https://doi.org/10.4067/S0718-50492015000100009)
- De Giorgi, A. L. (2017). Entre las luchas por la carestía y los derechos de la mujer. Las comunistas uruguayas durante la segunda mitad del siglo xx. En A. Valobra y M. Yusta (eds.), *Queridas camaradas. Historias iberoamericanas de mujeres comunistas* (215-235). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- De Giorgi, A. L. (2018). *Democracia en el país, en la casa y en la cama. Feminismo de izquierda en el Uruguay de los ochenta* [Tesis de doctorado, Universidad Nacional de General Sarmiento]. Repositorio UNGS: <http://repositorio.ungs.edu.ar:8080/xmlui/handle/UNGS/725?show=full&locale-attribute=en>
- Demasi, C., Marchesi, A., Markarian, V., Rico, A. y Yaffé, J. (2009). *La dictadura cívico-militar. Uruguay 1973-1985*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Federici, S. (2018). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Frencia, C. y Gaido, D. (2016). *El marxismo y la liberación de las mujeres trabajadoras: de la Internacional de Mujeres Socialistas a la Revolución Rusa*. Santiago: Ariadna.
- Hobsbawm, E. (2012). *Historia del siglo xx*. Barcelona: Crítica.
- Lagarde, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Larguía, I. y Dumoulin, J. (1977). *Hacia una ciencia de la liberación de la mujer*. Barcelona: Anagrama.

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

- Leibner, G. (2005). *Nosotras: las contradicciones de una revista femenina comunista*. En R. Forgues y J. M. Flores (eds.), *Escritura femenina y reivindicación de género en América Latina*. París: Mare & Martin.
- Leibner, G. (2011). *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*. Montevideo: Trilce.
- Markarian, V. (2012). *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- Millán, M. (2020). *Carlos Chassale. Un maestro comunista en La Teja*. Montevideo: Sitios de memoria.
- Navailh, F. (2018). El modelo soviético. En G. Duby y M. Perrot (eds.), *Historia de las mujeres. El siglo xx (285-313)* Madrid: Taurus.
- Peruchena, L. (2021). «La madre de nosotras». *Maternidad, maternalismo y Estado en el Uruguay del Novecientos* [Tesis de doctorado inédita].
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Al Margen.
- Rico, A., Bruno, M., Bucheli, G., Figueredo, G., Larrobla, C. y Sanguinetti, V. (2021). *El Partido Comunista bajo la dictadura. Resistencia, represión y exilio (1973-1985)*. Montevideo: Fin de Siglo.
- Rodríguez Villamil, S. y Sapriza, G. (1984). Feminismo y política. Un análisis crítico del proceso de aprobación del voto femenino en el Uruguay. *Hoy es historia*, (1), 16-31.
- Sagastizabal, M. y Legarreta, M. (2016). «La triple presencia ausencia»: una propuesta para el estudio del trabajo doméstico-familiar, el trabajo remunerado y la participación sociopolítica. *Papeles del CEIC*, (1), 1-29. DOI: <https://doi.org/10.1387/pceic.15447>
- Sapriza, G. (2018) *Notas para la memoria feminista*. Montevideo: Cotidiano Mujer.
- Sau, V. (1997). Del vacío de la maternidad, la igualdad y la diferencia. *Hojas de Warmi*, (9), 61-75.

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

Sau, V. (2004). *El vacío de la maternidad. Madre no hay más que ninguna*. Barcelona: Icaria.

Scott, J. (1990). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En J. Amelang y M. Nash (eds.), *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Alfons el Magnànim, Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació.

Vescovi, R. (2003). *Ecos revolucionarios. Luchadores sociales, Uruguay, 1968-1973*. Barcelona: Nóos.

## Fuentes

Actas de la Comisión sobre Mujer y Familia del FA (1971), intervenidas por Massera. Arévalo, J. Discursos parlamentarios entre 1943-1947 y 1947-1951. Actas del Parlamento.

Arévalo, J. (1968). *La mujer en la RDA*. Montevideo: Pueblos Unidos.

Autores varios. (1956). *Igualdad de derechos de las mujeres en la URSS*. Moscú: Lenguas extranjeras.

Bebel, A. (1976). *La mujer y el socialismo*. Madrid: Akal.

Declaración programática del PCU. (1963). *Estudios*.

Declaración programática y plataforma política inmediata (aprobada por el XVII Congreso) (1958). *Estudios*, 3(10), 95-111.

Diario *El Popular*, Montevideo. Ejemplares de 1968 a 1973 disponibles en la Biblioteca Nacional.

Engels, F. (2006). *Orígenes de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. Madrid: Fundación Federico Engels.

Estatutos de la UJC, aprobados por el V Congreso (1959). En *El comunismo tiene la respuesta* (1984). Montevideo: Problemas.

Estatutos del Partido Comunista del Uruguay, aprobados por el XVII Congreso (1958).

«La comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar»

Informes y balances del Comité Central para la discusión de los Congresos del PCU (1958-1970). En R. Arismendi (1988), *Congresos y documentos*. Montevideo: Comisión Nacional de Propaganda del PCU.

Krupskaya, N. (1970). *La mujer obrera*. Montevideo: Pueblos Unidos.

Lenin, V. I. (1981). *Obras completas de V.I. Lenin*. Moscú: Progreso.

Marx, K., Engels, F., y Lenin, V. (1956). *La mujer y el comunismo*. Buenos Aires: Anteo.

Marx, K., Engels, F. (1999). *El manifiesto comunista*. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>

Resoluciones Generales del XVII al XX Congreso del PCU.

Zetkin, C. (2017). *Directrices para el movimiento comunista femenino*. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/zetkin/1920/0001.htm>